

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 1 DE OCTUBRE DE 1922

NÚM. 19.864



## EL RAYO VERDE

NOVELA CORTA ORIGINAL DE  
ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODÍÑO

La costa de Chile, con sus ásperas cumbres cortadas a pico, cimas altísimas de montañas que se hundían a miles de metros en el fondo del mar, se iba quedando atrás. El vaporcito chileno que venía de Valparaíso con rumbo al Canal de Panamá, blanco y esbelto como un yate, avanzaba raudo sobre las serenas aguas, levantando a su paso espesas bandadas de alcatraces, gaviotas y otras especies de aves marítimas, con gran alboroto de alas y graznidos. Tantos pájaros había, que, al remontar el vuelo en rápidos torbellinos, formaban nubes tan densas y extendidas que ocultaban la luz del sol. Frente al puerto de Arica, sobre los blancos islotes de guano, cuyo acre olor traía la brisa hasta el mismo buque, y a cuyos pies se removían entre los arrecifes numerosos lobos marinos, los pelicanos, procelarias, gaviotas y pingüinos, al caer el día, se recogían por millones, ennegreciéndolos completamente y levantando una feroz algarabía, que, al rebotar en la barrera de la costa, se entraba y perdía luego, como un interminable alarido, por los inmensos ámbitos del mar.

Al ser ya peruana, la costa, en la que poco a poco había ido hundándose y desapareciendo la elevada cordillera, se convertía en un dilatado arenal, ondulado aquí y allá por los caprichosos giros del viento, que en algunos sitios, acumulando ingentes masas de dorada arena, levantaba las graciosas pirámides de los médanos, como senos gigantes que se agitaban en un suave y voluptuoso temblor. De vez en cuando, sobre la desierta playa se descubrían los restos de alguna abandonada caleta de pescadores o el esqueleto de algún pueblo muerto, huellas tal vez de los días homéricos de nuestros conquistadores, o vestigios de aquel ido esplendor incaico que hoy plañen todavía los indios de las cumbres andinas al triste son de la llorosa quena.

En el puerto de Mollendo, de donde arranca el tren para Arequipa y el Cuzco maravilloso, gloria común de incas y españoles, hizo escala el vapor. Ancló éste en mitad de la bahía, bastante lejos del misero pueblecillo, cuyas casucas colgaban por el acantilado sobre el mismo mar. Una vez admitido a libre práctica, multitud de lanchas que a gran distancia se mantenían perfectamente alineadas y con los remos dispuestos, como apercibidas a una singular regata, lanzáronse de pronto en dirección al barco con vertiginosa violencia, tal una tropa de veloces delfines, ocupadas por una abigarrada muchedumbre de hombres, mujeres y chiquillos, indios en su mayoría, que vociferaban con gran estruendo, animando a los remeros en una competencia febril. Llegados al costado del buque, pronto se encaramaron por escalerillas, topes y jarcias, desparramándose por toda la cubierta, con gritos salvajes y carreras de enloquecidos. Eran cargadores que se disputaban a mordiscos y zancadillas el equipaje de los pasajeros, y vendedores de frutas o de pieles de chinchilla, zorro y vicuña, traídas de Bolivia.

Embarcaron en Mollendo numerosos pasajeros que se dirigían al Callao, el puerto de Lima, la hermosa Sevilla americana, gloria de los virreyes y capital del Perú. Eran, los más, empleados del Gobierno, comerciantes del interior y ofi-

otro, deteniéndose de cuando en cuando para contemplar la costa, sobre cuyas arenas se iban sumiendo lentamente en una bella tonalidad violácea las luces del crepúsculo.

Telmo Rubio, el desaprensivo trota-



más crueles rigores del trópico. No se sabe cómo apareció Telmo Rubio en América. Lo único cierto de su vida de trampas y embustes era que llevaba varios años recorriéndola de una a otra punta, utilizando nombres de conocidos escritores españoles, sin pararse en barras, pues hasta el de algunos ya muertos se llegó a apropiarse, uno distinto en cada República. Daba conferencias en las Sociedades españolas, envuelto en su capa, cantando con arrebatado vozarrón de sochantre las inmortales grandezas de la raza; pero, como no tenía discreción, era inculto como un mozo de mulas y pronto se dejaba cazar en la misma red de sus torcidas mañas, de todas partes salía de estampía a las primeras de cambio. Eso sí, unas veces amenazando y otras pidiendo compasión a lágrima viva, siempre lograba medios para proseguir el camino.

Telmo Rubio, bastante intrigado, se puso a examinar al desconocido. Era éste de regular estatura, más bien alto que bajo, ni joven ni viejo, pues si bien tenía bastante arrugado el rostro y había mucha más plata que oro en sus cabellos, la viveza de sus ojillos azules, la osadía de su gran nariz y la soltura de todos sus movimientos, denotaban en él una frescura de mocedad simpática, no exenta de cierta gallardía. Pero lo que más asombraba al sevillano era la indumentaria del extraño personaje. No había visto nunca nada parecido. Bien se advertía, por su piel blanca y bermeja, el pelo rubio y la color de sus ojos, que no era español ni cosa parecida. Usaba, sin embargo, unos pantalones abotinados, muy ceñidos por caderas y cintura, idénticos por el corte a los de un bailarín andaluz, descansando sobre botas enterizas de becerro amarillo. Cerrábase la americana por el último botón, y se tocaba con un sombrero de ala plana y copa de bollo, muy parecido a ciertos sombreros de ala ancha que él recordaba se estilaban bastante en Sevilla cuando era chiquillo. Telmo Rubio se tuvo que confesar que aquellas prendas eran propias de su tierra natal, pero de una época ya muy lejana; si en plena calle de las Sierpes resultaría hoy un sorprendente anacronismo, encima de aquel individuo con ros-

ciales del ejército que se mantenía en la frontera a causa del agrio conflicto con la vecina República de Chile. Entre los recién embarcados llamó particularmente la atención una hermosa mujer, criolla según parecía, de ambarina piel, pelo y ojos negros, esbeltez de palmera y suaves morbideces, que venía acompañada por un caballero de porte un tanto estrafalario, incierta nacionalidad y edad indefinida. Al levar anclas el vapor, apareció sobre cubierta el hombre y dióse a pasear de un extremo a

mundos sevillano, a quien la colonia española de Antofagasta había embarcado días antes, costeándole el pasaje para quitárselo de encima, reparó, lleno de curiosidad, en el desconocido. Era Telmo Rubio un redomado pícaro andaluz, enteco y cetrino, joven todavía, sin otras dotes que las de su desenfado y astucia, amén de una verbosidad inverosímil, ayuna de todo contenido, y de una descolorida capa española, con rabiosas vueltas de velludo carmesí, de la que no se despojaba nunca, ni aun durante los



mientos del encendido trotamundos, dándole esperanzas. Telmo Rubio, al principio, no vio más que la fácil aventura. Tenía suerte con las mujeres, porque era amoral y romántico; no conocía es-

—Es imposible.

Telmo Rubio experimentó una honda turbación. Por primera vez en su vida se sintió arder en su propio fuego y abrazarse todo él, sin cuidarse de escapar al

te, nuestra suerte, estará en tus manos. Si eres como los hombres de tu raza y tu pasión llega a tanto como la mía, todavía podremos ser felices. Escúchame: Yo me casé con mi primer marido, espa-

ba a mí. Pero él me esquivó. Mi marido se interponía entre nosotros como una infranqueable barrera; para mí, no; mas sí para él, que, aun estando enamorado de mí, nunca hubiera empañado la serenidad de su alma con la deslealtad a que mi pasión trataba de seducirle. Convenida de que me sería imposible conseguir su complicidad, fingí durante algún tiempo, y pocos meses después, envenenado lentamente por mí, moría mi esposo, sin que huella alguna quedase de mi crimen...

Telmo Rubio se estremeció. La mestiza, cogiéndole una mano y mirándole fijamente con sus ojos de jaguar, prosiguió:

—Tuvo que ser así, fatalmente. Libre ya, Pedro Sturm me amó. A poco de casados tuvimos que huir de Méjico. Hace tres años. Desde entonces, mi vida es un hervidero de tormentos cruelesísimos. Aquello que me hizo desearle ardientemente, es ahora la causa del odio profundo que le profeso. Al principio, por miedo a perder su amor, le oculté el delito de que hube de valerme para conseguirlo. Los arrebatos de mi pasión me hicieron soñar, para más tarde, en una ígnea fusión de nuestros corazones. Entonces le revelaría el secreto de mi crimen, que, al ser comprendido por él, dejaría de serle. Pero no fué así, no pudo ser así. Hay en su alma una impasibilidad divina que nada puede turbar. Un solo momento de flaqueza humana lo hubiese hecho mío, pero no lo tuvo nunca. En lecho de víboras se ha debatido mi impotencia. Yo vivo en las turbulentas entrañas de la tierra; él contempla la vida desde la eterna serenidad de los espacios celestes. El me sigue amando, porque yo he sabido fingir; yo, encadenada a más remordimientos, le odio como una posesora por el espíritu del mal. Le odio y le temo. Soy una esclava suya; su voz me hace temblar, su mirada me altera, su solo pensamiento me acobarda y confunde. He querido matarle y no he podido; he querido huir de él, pero mi necesidad de venganza me ha retenido a su vera...



crápulos de ninguna clase, y asestaba sus golpes con violenta audacia. Poseía la virtud de inflamarse en una hoguera amorosa siempre que le venía en gana, pero sin quemarse; incendio en el que pronto se abrasaban sus víctimas, fuego de virtudes para él, que ni siquiera la piel le chamuscaba.

Una noche, mientras Pedro Sturm discutía en el salón de lectura con un poliglota franciscano español, autor de un interesante estudio sobre la lengua de los quichuas, la mejicana y el sevillano departían en la proa del buque, viendo cómo centelleaban las aguas en una fosforescencia maravillosa. Telmo Rubio estaba en vena; pocas veces llegó a tan arrebatadores acentos en su elocuencia erótica. La noche, deliciosa y tibia, espléndidamente estrellada; el rumor del mar, como una invitación sensual; aquella mujer seductora que le escuchaba en silencio, los ojos entornados tras de las pestañas azules, temblorosa la suave opulencia de los senos bajo la garganta desnuda... Rápido, seguro del triunfo, se abalanzó sobre ella, y, ciñéndole los brazos alrededor de su cuello ambarino, atrajo su cabeza, buscando con la ansiosa boca la dulce fruta de sus labios purpurinos.

—Te deseo con toda mi alma...

No lo consiguió. Matilde, rechazándole con suave firmeza, le dijo:

—Es imposible. Poco es desear. Yo sería capaz, quién sabe, de una pasión hasta la muerte. Pero es imposible.

Las palabras de la mestiza sacudieron el cuerpo de Telmo Rubio con temblores de escalofrío. La figura de Pedro Sturm pasó ante sus ojos. El ala de un presentimiento le rozó el corazón. Repuesto, insistió con toda suerte de argumentos sutiles. Ninguno de sus acostumbrados recursos le dió resultado. Matilde, firme, enigmática, la cabeza hacia atrás, apoyándose en la nuca, puesta en el sangriento Marte la llamada de sus ojos pégresimos, repetía:

peligro. Fué un cambio rápido, trastornador, contra el que no pudo prevenirse. A la vez que una tortura indecible se le enroscaba al corazón, sintió que se le vertía por las venas la sangre de una nueva vida.

—Huiremos de él—le dijo.

Pero la mujer contestó:

—No bastaría.

Ya no hubo sosiego para el apasionado mozo. Se sentía como hechizado por Matilde. No sabía lo que le pasaba, ni tampoco era hombre él para poder analizar lo que ocurría en su interior. Era otro. ¿Amor? ¿Deseo frenético de aquella mujer, verdaderamente única en su vida, que le tenía prendido como en un ramo de locura? Telmo Rubio había vivido hasta entonces sin ton ni son, dando brincos como un saltamontes, ajeno a sí mismo, sin inquietudes por dentro, todo superficie. Lo mismo le daba que soplasen el viento del norte que del mediodía; vivir, para él, era dejarse llevar. Al desatarse en su pecho de modo tan inesperado aquella pasión, fué como si le acometiese de súbito un vértigo mortal al borde de un abismo. Sintió de repente un envenenado rencor hacia Pedro Sturm. Era el estorbo y era el peligro. Por eso no bastaría con huir de él, como bien claramente le había dado a entender Matilde. Sería preciso desembarazarse del suizo. Por la imaginación de Telmo Rubio se fueron deslizado, como serpientes, propósitos homicidas.

La mestiza fué atizando aquella hoguera con maña felina. Bien segura ya del poderoso influjo que ejercía sobre Telmo Rubio, la tarde antes de llegar al Callao, hallándose a solas con él a la hora del crepúsculo, clavándole los candentes dardos de sus brillantes ojos y embriagándole con el fuerte perfume de su cuerpo de nardo, le habló así:

—Oyeme: tú vas a ser el único que conozca en este mundo el secreto de mi vida. Con él me entrego toda a ti; mi suer-

tiol como tú, siendo una niña y sin saber lo que era amor. Cuando Pedro llegó a mi casa para extraer el oro que en nuestras tierras había, fué para mí como una revelación. Túvele por un sér extraordinario, superior a los demás, con algo de divino. En sus palabras había



dulzura de miel; caminos celestes eran sus pupilas azules. Sentí un enloquecedor deseo de aquel hombre, y le amé con delirio. Quise hacerle mío, para que ardiese en el mismo fuego que me devora-

Matilde apretó la temblorosa mano de Telmo Rubio entre las suyas.

—Mírame—continuó—. Tengo ansias de libertarme, de ser feliz aún. Para ello es preciso que se realice mi venganza. Pe-



tro germánico eran, además, de una incongruencia sin igual en el mundo. Su misma capa, en el tórrido Ecuador, era mil veces más comprensible. Que no en balde era él español de pura cepa, y a la vez que le servía de infalible marchamo por dondequiera que iba dando sus conferencias «españolistas», disimulaba el mal estado de sus hábitos, en completa ruina.

No había salido Telmo Rubio de su asombro, cuando observó que el desconocido se ponía a hablar con un catalán, viajante de una casa inglesa, que él había conocido tiempo atrás en Valparaíso. Un rato después, conversando con el catalán, Telmo Rubio inquirió noticias. Aquél le contó lo que sabía, que no era mucho. Según el viajante, el tal personaje se decía suizo, aunque él lo tenía por turco; parecía hombre de posibles, y recorría frecuentemente la costa del Pacífico, sin que se le conociesen negocios de ninguna clase, siempre en compañía de aquella mujer, mejicana a lo que había oído, que acaso no fuese más que amante suya, pero que pasaba por su esposa legítima. Había vivido en España algunos años de su juventud, y de ella le venía el uso de aquella extraña indumentaria, a la que seguía aferrado como en el culto de una sagrada tradición; según él mismo contaba, el renovar aquellas prendas andaluzas era la única cosa que le proporcionaba serios disgustos en su vida, pues nunca acertaban sombreros, zapateros y sastres a reproducirlas fielmente, a pesar de los patrones que él conservaba de sus tiempos de Sevilla. Era de trato cordial, conversador interesante y demostraba poseer una gran cultura. Hablaba un sinnúmero de lenguas, muertas y vivas, y sentía gran pasión por los estudios filológicos. Se llamaba Pedro Sturm, y viajaba con un gran baúl, que en cierta ocasión había abierto delante del catalán, abarrotado de gramáticas y diccionarios de todas las lenguas conocidas.

Minutos más tarde, Telmo Rubio se enteraba de toda la historia de Pedro Sturm, contada por él mismo. Era, en efecto, suizo, y había nacido en Basilea; hijo de un suizo alemán y de una egipciaca que su padre, ingeniero, se había traído consigo de El Cairo, al regresar a Suiza. Ingeniero como su progenitor, y habiendo quedado huérfano de éste a poco de terminar su carrera—de su madre apenas si se acordaba, pues había muerto cuando él era todavía muy niño—, desdeñó las colocaciones que se le ofrecían en su país y se fué por el mundo. Vino primero a España, y vivió cinco años en Sevilla. ¡Con qué inefable delectación se detenía Pedro Sturm en el recuerdo de la bellísima ciudad andaluza! Tenía un poder tal la evocación que hacía de sus monumentos y joyas artísticas, ponía un tan vivo colorido en la descripción de lugares y costumbres, que Telmo Rubio, aunque sevillano, le escuchaba absorto, como si las palabras del suizo le descubriesen un mundo para él nuevo y desconocido. Y no sabía de qué maravillarse más, si del profundo conocimiento que Pedro Sturm demostraba tener del espíritu y de las cosas de Sevilla, o del amor con que se expresaba acerca de ella, a pesar de los muchos años transcurridos, como si, más que un episodio en su existencia errante, Sevilla hubiese sido para el suizo el verdadero eje de toda su vida.

Y lo había sido. Al hablar de ella, Pedro Sturm decía siempre: «Mi madre Sevilla». En el mágico hechizo de la urbe maravillosa había descubierto él la suprema concepción de la vida, de cuyas normas ya no se separara nunca: serenidad. Sevilla no era España, abrasada, seca, adusta, dura, tormentosa. Ni tam-

poco Andalucía, roja como una flor de sangre, pasional, tan pronto desmayada y triste como exaltada y jocunda, sin ritmo ni medida. Sevilla era serenidad, la perfecta armonía, la armonía divina. Serenidad, no a modo de virtud clásica, fría como un mármol helénico, sino luminosa y sonriente, perfumada, jugosa y tibia, como un florido jardín bajo el encanto de una noche estrellada.

—Veinte años han pasado desde que salí, para no volver más, de Sevilla—le dijo Pedro Sturm a Telmo Rubio—. De



todo ha habido en mi vida: alegrías y dolores; de unas y de otros logró salir indemne, siempre alerta, mi espíritu. Ni me embriagaron las horas felices, ni el desengaño pudo poner nunca sombras duraderas en mi corazón. Sevilla me dió la pauta del verdadero ritmo. Supe gozar y sufrir, todo con justa medida, sin que jamás se turbase el transparente firmamento de mi serenidad interior. La vida es bella, y vivir es el supremo goce. El secreto está en que sea la vida quien pase por nosotros, y no nosotros por ella, a merced de sus volubles giros. Vivir es contemplar. Ver cómo desfila por nosotros la vida en una encantada sucesión de panoramas magníficos. Firmes en nuestra atalaya, como las estrellas en los balcones del cielo, contemplando todo un universo de maravillas. Correr tras de un solo deseo; huir una vez nada más el dolor, es perderse para siempre: es caer en las vorágines de la pasión, como una hoja suelta en los desatados torbellinos del viento. En la pasión está el peligro: es huracán y es nube. Es el vértigo que nos arrebató para destruirnos y la mancha que oculta a nuestros ojos el éter azul.

En su existencia nómada, Pedro Sturm había posado sus plantas en todos los confines del mundo. Ya maduro, pero en una perenne primavera interior, viniendo del Japón, donde había dirigido la instalación de una vía férrea, cayó en Méjico, y a poco se encargaba de poner

en explotación unos ricos terrenos auríferos, propiedad de un opulento terrateniente español. Llamábase éste Diego Ortigueira; era gallego, y habiendo llegado a Méjico sin más medios que unas inútiles cartas de recomendación, a los pocos años era ya dueño de una considerable fortuna. «Gachupín», odiado de los indios, como todos los españoles, y en constante alarma revolucionaria la comarca, nido inexpugnable de un feroz cabecilla, Diego Ortigueira, astuto y precavido, procuró poner a buen recaudo su

persona y su fortuna casándose con la única hija de aquél. Desde entonces, no sólo se sintió seguro, sino que, merced a la protección de su suegro, que era dueño y señor de toda la región, el ladino gallego medraba rápidamente. Descubiertos aquellos yacimientos auríferos, fué Ortigueira a la capital, en busca de un ingeniero que se encargase de la explotación, y allí conoció y contrató a Pedro Sturm.

La mujer de Diego Ortigueira, Matilde, era una bellísima mestiza, que no había cumplido los veinte años todavía. De su madre, una desventurada española que sucumbiera de dolor y de vergüenza a poco de darla a luz, no había heredado más que los rasgos finos y correctos del rostro. De su padre, indio puro, tenía los ojos negros y relucientes, la trigüeña piel, la negación felina, el instinto de simulación y la férrea voluntad. Hecha a la azarosa vida de su progenitor, de quien era despótica tiranella, no conocía vallas a sus deseos, y en el fondo de su alma no había divisorias entre el bien y el mal. Era silenciosa y reconcentrada, enigmática como una esfinge. Acostumbrada a dominar y a que su capricho fuese ley, al ser requerida tímidamente de amores por Diego Ortigueira, se sintió como ofendida, y a punto estuvo de pedirle a su padre la cabeza del atrevido español. Cuando el sanguinario cabecilla se enteró de la audacia del «gachupín», con gran sorpresa de Matilde, no sólo no compartió su indignación, sino que, ya viejo y sin duda algo cansado, barruntando tal vez días de vanci-

miento tras de aquel apogeo de su temerario valor y pensando en el incierto porvenir de su hija, le habló muy bien de Ortigueira y le aconsejó aceptase su proposición. No le fué muy difícil convencerla. Demasiado soberbia Matilde para descender hasta ninguno de los secuaces de su padre, y acuciada desde hacía tiempo por una turbadora inquietud sensual, púsole buena cara al rico gallego, y se casó con él.

Casóse sin amor, que no llegó a sentir después, y nunca supo lo que era hasta que la fatalidad se lo trajo a su casa en la persona de Pedro Sturm. El suizo, que logró cautivarla desde un principio con la finura de sus maneras, su conversación agradable y más que nada con la constante sonrisa de sus alegres ojos azules, llegó a poco a provocar en ella la más tumultuosa pasión. Pedro Sturm, su polo opuesto, la atraía como un poderoso imán. Ella, siempre tan segura de sí misma, tan fuerte y avasalladora, al verse ante el ingeniero temblaba y vacilaba como las ramas de un sauce agitado por el vendaval. La serenidad del suizo era para Matilde angustia y turbación. De tal modo fué prendiendo en ella el fuego de la pasión amorosa y a tal extremo llegó, que, contra su propia naturaleza, astuta y hermética, sin poder disimular sus sentimientos, se los reveló claramente a Pedro Sturm.

Este, que también se sentía inclinado hacia la hermosa mejicana por un dulce deseo, no sólo supo ocultarlo cuidadosamente, seguro de poderlo resistir, sino que, fiel a sus principios e incapaz de una doblez hacia Ortigueira, de quien había llegado a ser un buen amigo, aparentó no advertir las insinuaciones de Matilde, con la esperanza de que a un correcto desvío suyo se agostase en germen aquella funesta pasión. Y así ocurrió, al parecer. Volvió Matilde a su serenidad anterior, como si la ráfaga hubiese pasado por su alma sin dejar huellas y para no volver más.

Algunos meses más tarde, después de larga dolencia, murió Diego Ortigueira. Antes de expirar llamó a Pedro Sturm, y, delante de su mujer, le rogó que no la abandonase, que pudiese en orden todos sus asuntos y que siguiese al frente de la explotación hasta que, pudiendo ser vendida en buenas condiciones, le asegurase a Matilde una renta importante para toda su vida. Pasado algún tiempo de la muerte de su marido, Matilde volvió a insinuarse, y ya entonces Pedro Sturm, que se sentía realmente enamorado de ella, la cortejó en forma y acabó pidiéndola su mano. Al año eran ya marido y mujer. Transcurridos unos meses, vencido y muerto por las tropas del Gobierno mejicano el revolucionario padre de Matilde, temiendo represalias en la persona y bienes de la hija, Pedro Sturm, que ya poco antes había traspasado los yacimientos de oro, liquidó rápidamente cuanto pudo, y ambos salieron del país, embarcándose en un puerto del Pacífico.

Pronto advirtió Matilde los inflamados apetitos que despertaba en el aventurero sevillano. Invitado por Pedro Sturm desde la tarde que se conocieron, Telmo Rubio se sentaba a la misma mesa que el matrimonio. Placiase mucho el suizo con la compañía del andaluz, y se pasaba las horas enteras hablando de la sin par Sevilla, tema inagotable para ambos, manantial de dulcísimas nostalgias y de hondos amores. Para Matilde, la vehemencia de Telmo Rubio vino a ser como un látigo que despertase en ella dormidos impulsos de su naturaleza apasionada y salvaje. Le buscaba inconsistentemente, y, en lugar de cortar por lo sano, más bien alentaba los atrevi-



Pedro Sturm debe morir. Sólo su muerte podrá curarme del remordimiento de mi primer delito, que cometí por él. Sólo sabiéndolo muerto me sentiré libre de su funesto influjo. Tú serás el brazo de mi odio si quieres conseguir mi amor. Tú lo matarás. Mi amor, mi vida entera, mi fortuna, todo será entonces para ti. Huiremos lejos de aquí y seremos felices.

Telmo Rubio, alucinado, como si un hechizo misterioso le hubiese robado la voluntad, prometió. Las palabras de Matilde, poniendo encrespamientos furiosos en la marejada de su corazón, dieron forma y realidad a sus fugitivos pensamientos homicidas. Su frente se achicó y redujo a una sola línea torva y dura. Se crisparon sus manos. Sus ojos se hundieron, como fieras en acecho, encendidos en sangre. ¡Matar! ¡Matar!

En el lejano horizonte, el rojo disco del sol se hundía bajo las aguas tranquilas. Instantes después, en el mismo lugar por donde desapareciera el astro de oro, sobre la línea azul, surgió un punto verde, como una enorme y fulgurante esmeralda.

—¡El rayo verde!—se oyó gritar a lo largo de todo el buque. Marineros y pasajeros, corriendo a babor, se pusieron a contemplar el maravilloso espectáculo que, sólo muy rara vez, ofrecen los bellos crepúsculos del Pacífico. Mar y cielo resplandían con una misteriosa fosforescencia. Por el lado de tierra, los montes se recortaban en un extraño fondo espectral. Las nevadas cimas de los volcanes lejanos palidecían en un verde resplandor.

—¡El rayo verde! Mira—le dijo Matilde a Telmo Rubio—; es el anuncio de mi venganza y la promesa de nuestra felicidad.

Antes de desembarcar en el Callao, la mejicana y el sevillano se pusieron de acuerdo. Cuatro días después hacía escala un buque japonés que se dirigía al Panamá y a San Francisco, y de allí a Yokohama. Ella se encargaría de sacar los pasajes con pasaportes falsos. De su fortuna, que pasaba de un millón de dólares, y que estaba a su nombre en un Banco de Nueva York, dispondrían a su tiempo. De la sucursal de Lima retirarían dinero suficiente. El día antes del embarque buscaría Telmo Rubio la ocasión para matar a Pedro Sturm sin dejar rastro. Sería cosa fácil; no tenían amistades íntimas en Lima. Sobraban lugares propicios en los alrededores de la ciudad. Para que Telmo Rubio subviniere a sus gastos y evitase todo encuentro con sus compatriotas, la mestiza le entregó unos cientos de libras peruanas.

El suizo, cada vez más aficionado a la compañía del sevillano, se reunía con él todas las tardes, y, juntos, emprendían largos paseos a pie, de los que Pedro Sturm era gran entusiasta. En uno de ellos, Telmo Rubio tuvo la seguridad de haber descubierto el lugar adecuado para realizar impunemente sus siniestros propósitos. Dos carreteras unen la ciudad de Lima con el puerto del Callao. Una de ellas corre durante largo trecho a la orilla del mar, al borde mismo de unos terrosos acantilados de mucha elevación, llenos de grietas y resquebrajaduras y de hondos socavones producidos por las olas del mar. Era peligroso el salirse de la carretera, por ser muy inconsistente el piso y frecuentes los desprendimientos de tierras. Todo el camino, desde el Callao hasta la Magdalena, punto ya poblado, se hacía muy solitario apenas caían las primeras sombras de la noche. Sólo algún que otro automóvil, de tarde en tarde, transitaba por él.

Telmo Rubio meditó su plan. El día antes, a la hora del té, se entrevistó con Matilde en una confitería del Girón Mer-

caderes. La mestiza le entregó el pasaje y un pasaporte. Lo dejaron todo convenido. La hora de salida del buque japonés favorecía sus planes. Zarpaba de madrugada y los pasajeros debían embarcarse la víspera. Telmo Rubio invitó al suizo a pasar el día fuera de Lima. Por la tarde, al regresar, con el pretexto de contemplar el crepúsculo, se detendrían en la carretera del Callao, en el lugar que ya había escogido Telmo Rubio como el más solitario y propicio. Muerto Pedro Sturm y arrojado a una de las simas del acantilado, donde los hambrien-

«chola» verdinegra se le acercó, sentándose en el banco junto a él. Telmo Rubio, horrorizado, huyó de allí.

Era un crepúsculo suave, de una dulce melancolía. La luz desmayaba con iridaciones de ópalo sobre el acero del mar. El incendio de otros días era esta vez un ligero tinte rosáceo en los blancos vellos de las nubes. Pedro Sturm le dijo a Telmo Rubio:

—Hoy sabe morir el día con una Augusta serenidad.



tos «gallinazos» que por allí abundaban darían pronto buena cuenta de su cadáver, Telmo Rubio se dirigía al Callao y embarcaría en seguida. Matilde ya estaría a bordo. Aprovechando la ausencia de su marido y pretextando un aviso telefónico suyo desde el puerto, anunciándole haber tomado pasaje en el paquete japonés para Panamá, adonde ya se sabía en el hotel que pensaba dirigirse el matrimonio, haría trasladar sus equipajes al muelle y se embarcaría. Así, nadie, absolutamente nadie, podría sospechar.

Telmo Rubio no pudo dormir aquella noche. Una horrible pesadilla le asaltaba cada vez que, vencido por el cansancio, cerraba los párpados. Abandonó el lecho y se dio a deambular por las silenciosas calles de la ciudad. Rendido, ya de madrugada, se sentó en un banco de la Plaza de Armas. Tenía calentura, le estallaban las sienes y un frío espantoso le hacía crujir todos los huesos. Una

Telmo Rubio calló. El sortilegio de la tarde se le había ido entrando por el alma como una lenta caricia. La compañía de Pedro Sturm había sido durante todo el día un insufrible tormento para él. La sola mirada del suizo le producía un angustioso malestar; su voz amiga le estrechaba; su sonrisa, aquella sonrisa cordial de Pedro Sturm, síntesis y expresión de su elevado espíritu, le amilanaba y vencía. Telmo Rubio anduvo todo el día callado, taciturno, dando muestras de una extraña turbación. La idea del crimen que iba a realizar llegó a producirle un miedo insuperable. Como el hipnotizado que, aun sin voluntad, se resiste a ejecutar una orden que repugna a sus instintos, así él luchaba entre la poderosa sugestión de la mestiza, impulsándole a matar, y su frívola naturaleza, sacada por aquella pasión tan repentinamente de quicio.

Ausente el influjo directo de Matilde,

un solo momento de vacilación bastó para que se agrietase y desmoronase todo el edificio de su criminal propósito. No el temor a las consecuencias—los remordimientos, la cárcel, el patíbulo—, que eso vino después, sino su propio temperamento de hombre ligero y voluble, que nunca pudo tomar en serio la vida, incapaz para un sentimiento duradero, fué lo que le hizo reaccionar y detenerse a tiempo al borde del precipicio. Poco a poco, vencida la crisis que provocó en él la inminencia del hecho a que se había comprometido, fué serenándose su espíritu. Pasaba la ráfaga y se volvía a encontrarse a sí mismo.

Tuvo conciencia otra vez. La primera sensación fué de miedo, de espanto. Quiso huir de Pedro Sturm, escapar no sabía adónde, esconderse. Tal fué su agitación, que el suizo, notándola, le preguntó con afectuoso interés:

—¿Qué tiene, amigo?

Telmo Rubio se rehizo. Fué una determinación rápida, violenta. Sacó de uno de los bolsillos el puñal con que había pensado dar muerte a Pedro Sturm y lo arrojó al mar. Luego, sollozando, le dijo al ingeniero:

—¡Perdóneme usted!

Y le contó. Se lo contó todo. El crimen de Matilde, su amor trocado en odio, el infierno de su vida, sus deseos de venganza, el plan para matarle y huir. Habló durante largo rato, sin ocultar nada, atropelladamente, presuroso de vaciar su alma, como si al revelar su secreto sintiese que se le aligeraba el corazón.

Pedro Sturm le escuchó en silencio, la cabeza caída sobre el pecho, en los ojos una tristeza infinita. La agonía de la tarde puso en su frente pálida el último resplandor.

Luego, alzando los ojos, tendió la mirada sobre el mar.

—La vida es así—dijo—. Cuando todo se extingue, cuando la muerte llega, es preciso saber morir. Vaya usted a bordo y dígame a Matilde que me ha matado, que ya está libre para siempre de mí. Sólo con mi muerte podrá cesar la tortura en que ha vivido hasta aquí su corazón, y que yo no supe descubrir. Su venganza será para ella el principio de una nueva vida.

Telmo Rubio huyó hacia el Callao. Al separarse de Pedro Sturm llevaba el propósito de no cumplir su encargo. No volvería a ver más a la mestiza. Luego, a medida que fué recobrando su tranquilidad, pensó que debía satisfacer los deseos del suizo. Vería a Matilde, le contaría la muerte de su marido, y de madrugada, antes de que zarpase el buque, desembarcaría él ocultamente y no volvería a acordarse ya más de la mestiza.

Le quedaba todavía mucho camino hasta el Callao; la fresca brisa le volvió a todos sus sentidos y Telmo Rubio tuvo tiempo sobrado para cambiar una vez más de parecer. El trotamundos volvió a ser quien era antes de aquel ramalazo que había estado a pique de trastornarle el juicio. Desvergonzado, atrevido, amigo de extrañas aventuras, amoral, importándose de todo un ardite, tramposo y embaucador. No era Telmo Rubio hombre para desperdiciar tan brillantísimo negocio. No había sido capaz de matar; pero limpias de sangre sus manos, no tenía ningún inconveniente en pasar por asesino. Pedro Sturm no reaparecería jamás. La hermosa mejicana sería suya y suyo también el millón de dólares que ya le estaba esperando en Nueva York. ¡Verdaderamente, era un hombre con fortuna!

Y haciendo unas grotescas piruetas, Telmo Rubio se frotó las manos con loco regocijo.

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO  
Dibujos de Aguirre



# LOS SEIS MIRLOS BLANCOS

La horrible bruja Lechuzota tenía una hija tan mala como ella, ambiciosa y cruel, pero lindísima: se llamaba Atilia.

(Hija de bruja tenía que ser para ser bella, siendo mala.)

Con el mayor desearo del mundo, Atilia le había dicho a su madre que ella no se casaría como no fuera con un rey. ¡Nada menos que con un rey!

Una noche de tormenta, en que la lluvia caía, el trueno retumbaba, los relámpagos fulguraban y el viento mugía, llamaron a la puerta de la cabaña de la bruja. Era un señor lujosamente vestido, pero chorreando agua, pues iba sin paraguas y ni siquiera llevaba una mala gabardina sobre su traje de raso gris.

—Voy de caza—explicó—y me he perdido en el campo; te suplico, abuela, que me des albergue mientras dura la tormenta; estoy muerto de hambre y de frío y el bosque está lleno de lobos famélicos.

—¿Quién eres?—preguntó Lechuzota.

—¡Soy el rey!

La vieja se restregó con satisfacción sus manos huesudas, ganchudas y velludas.

—Puesto que eres el rey—declaró—te daré hospitalidad esta noche, con una condición: has de casarte con mi hija Atilia.

A nadie, y menos a un rey, le hace gracia casarse con una dama a quien ni siquiera conoce; pero la tormenta arreciaba y los aullidos de los lobos se oían ya cercanos; el pobre monarca apenas vaciló en dar su palabra de casamiento, y se apresuró a entrar en la cabaña.

Y entonces vió, al amor de la lumbre, a una joven tan divinamente hermosa, con sus cabellos de azabache y sus ojos azules, que parecían de acero, que, aun sin haber prometido nada, es probable que se hubiera enamorado en el acto.

Al día siguiente, el rey se llevó a Atilia a Palacio, y la boda se celebró en seguida con gran pompa; pero el infeliz no tardó en comprender que, más que reina o mujer, aquello era un demonio con falda.

Habéis de saber que el soberano era viudo y tenía siete hijos, seis muchachos y una niña, todos buenos y bellos.

—Pues bien: tal odio les cobró la madrastra, que se pasaba los días ideando maldades para molestarles y hacerles sufrir. A tal punto llegó, que el rey, asustado, consultó con un hada amiga de la familia real, y ésta le dijo:

—Como tus hijos permanezcan en palacio, tu mujer acabará por matarlos; voy a esconderlos en sitio seguro.

Con su varita mágica hizo surgir en medio de un bosque un pabelloncito tan bien oculto en un verdadero laberinto de senderos y árboles, que no había quien supiera llegar hasta allí; en él encerró a los siete hermanos, y para que el rey pudiese ir a visitar a sus hijos, le entregó un ovillo de hilo mágico, que había de guiarle entre el laberinto fantástico.

Pero, ¡ay!, la reina, exasperada al ver escapársele su presa, indagó tan hábilmente, que descubrió todo el secreto; un día se apoderó del ovillo mágico, se disfrazó de aldeana y, en esta forma, se presentó en el pabellón, llevando a los jóvenes siete camisitas de seda azul.

—He aquí—dijo—un regalo que os envía el rey, vuestro padre.

Los seis hermanos se pusieron las lindas prendas; en el acto quedaron convertidos en seis mirlos blancos, que volaron por la ventana lanzando un «pío! pío!» desgarrador.

La princesita.

Dulcinea—¿he dicho que se llama-

ba así?—se apresuró a arrojar a

la lumbre la em-

brujada camisa que le estaba

destinada, y cuando, al día si-

guiente, el rey fué a visitar a

sus hijos, se encontró a Dul-

cinea sola y llorando.

—¿Dónde están tus hermanos?—pre-

guntó, aterrado.

—Han volado—contestó la princesa.

—¿Volado?—repitió el rey, abriendo los

ojos con asombro.

Dulcinea le contó lo sucedido, y el po-

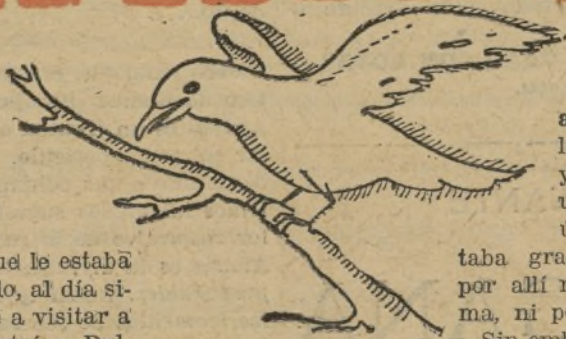
bre padre, llorando y suspirando, llamó

de nuevo a su amiga el hada.

La dama trazó en el suelo un círculo

con su varita de marfil; luego cogió una

rosa azul, que llevaba al talle, y la des-



Durante cuatro años estuvo hilando sin reposo y sin pronunciar una palabra; esto último no le cos-

taba gran trabajo, pues por allí no pasaba un alma, ni por casualidad.

Sin embargo, un día oyó pasos y vió acercarse a un

joven, que era precisamente un príncipe de un país vecino y se llamaba Godofredo.

Al ver a la hermosa holandesa, con sus cabellos de oro y sus manos de azucena, Godofredo se enamoró como no podía por menos de suceder, y, arrodillándose ante ella, le hizo una rendida declaración.

Dulcinea se puso más roja que una amapola, bajó los ojos, sonrió graciosamente... y se calló; el príncipe insistió,



hojó en el círculo. Sopló, y los pétalos se esparcieron formando signos misteriosos. Entonces el hada declaró:

—Para devolver a tus hijos su forma humana es necesario que vistan camisas tejidas por su propia hermana con un hilo especial, tan fino, que tardará seis años en terminar esta labor; es indispensable que durante todo este tiempo Dulcinea no pronuncie una sola palabra.

La princesita aceptó con alegría, encantada de sacrificarse por sus hermanos; el hada le entregó una rueca y el hilo especial, y, sola, se quedó hilando en una cabaña abandonada.

pero ella permaneció más silenciosa que un pez.

—¿Si será muda?—se preguntó Godofredo, con inquietud.

Entonces reflexionó que una mujer muda debe ser precisamente una gran comodidad para un marido, y resolvió casarse con ella, a pesar de todo; Dulcinea le siguió llevándose su rueca y las cuatro camisitas que tenía terminadas, pero claro está que sin abrir la boca; quizá no le fuera menester, pues estaba tan contenta y su adorador le agradaba tanto, que sus lindos ojos hablaban solos.

El príncipe Godofredo y la princesa

Dulcinea se casaron. Vivían dichosos, sin reñir nunca—lo cual resultaba fácil, puesto que la princesa no hablaba ni para decir «esta boca es mía»—, cuando un día se presentó en palacio una señora vieja y respetable, ofreciéndose como ama de llaves. Tenía tan buen aspecto, que la aceptaron en seguida.

¿Y sabéis quién era aquella respetable ama de llaves? Era, sencillamente, la odiosa Atilia, que se había disfrazado para perseguir con su odio a su víctima y perjudicarla en cuanto pudiera.

Algún tiempo después cundió en palacio un rumor terrible, que fué extendiéndose por todo el país: ¡la corona de brillantes del rey, padre del príncipe, había desaparecido!

Según predicciones de no sé cuántos adivinos, a aquella corona iba unida la suerte del reino; era un inestimable talismán sin el cual no podía haber para el país y sus habitantes ni dicha, ni fortuna, ni salud, ni paz siquiera.

Mientras el pueblo entero se lamentaba, temiendo terribles catástrofes, y el rey, aterrado, se tiraba de los pelos, y el príncipe Godofredo gemía, y la princesa suspiraba, el ama de llaves, demostrando un gran celo, dirigió las pesquisas en todo el palacio para recuperar la preciosa joya.

¿Y sabéis dónde se halló la corona de brillantes? Se halló en el propio armario de la princesa Dulcinea.

(¿Necesito deciros que la malvada Atilia fué la que allí la escondió?)

La indignación de todo el mundo fué tal contra la supuesta ladrona, que la pobre princesa fué arrancada de palacio, encerrada en una húmeda cárcel y condenada por el pueblo y los Tribunales a ser quemada viva.

Sin duda, la infeliz hubiera podido justificarse, decir que antes de ser esposa del príncipe ella era hija de rey, y probar su inocencia; pero hubiera tenido que hablar, y prefirió guardar el silencio obligado para la salvación de sus hermanos y seguir tejiendo, hasta en la cárcel, las famosas camisitas; no perdía la esperanza, por lo menos, de devolver antes de su muerte su forma humana a los seis mirlos blancos.

El día fijado para la ejecución de la sentencia fué el mismo en que, después de seis años de trabajo y de silencio, Dulcinea terminaba las camisitas; fué sacada de la cárcel y llevada a la hoguera sin soltarlas de la mano.

El verdugo encendió la hoguera, y ya subían las llamas hacia la pobre princesita, cuando, de pronto, vióse acudir volando seis mirlos de immaculada blancura. Cada cual abrió el pico, del que cayó un chorrito de agua, y entonces, ¡oh asombro!, aquella lluvia milagrosa apagó las llamas, mientras el pueblo entero lanzaba gritos de estupefacción.

Dulcinea no perdió el tiempo: arrojó una de las camisitas sobre uno de los mirlos, que quedó convertido en el acto en un joven apuesto y gallardo; la segunda camisa convirtió a otro mirlo, y así, sucesivamente, hasta la transformación de los seis príncipes.

Entonces Dulcinea, rodeada de sus hermanos, de su marido, de su suegro y del pueblo y de la corte, refirió toda su historia.

En aquel momento se oyó un batir de alas y se vió aparecer por los aires una carroza tirada por doce cisnes, en la que llegaba el hada bienhechora con el padre de los siete hermanos.



Muy largo y difícil sería describir la alegría del rey al recuperar a sus siete hijos; la de los príncipes al dejar su forma de mirlos; la de Dulcinea al verse libre con sus hermanos, y la de Godofredo al enterarse de la inocencia de su amada esposa; más difícil todavía sería describir la indignación general al descubrirse la infamia de la malvada Atilia.

El hada bienhechora requirió la ayuda de un genio poderoso y justo, y entre los dos impusieron a la bruja Lechuzota y a su hija un castigo ejemplar: convirtieron a la primera en lechuza y a la segun-

da en sapo; no se las ha vuelto a ver más.

Desde aquel día, la dicha de Godofredo y Dulcinea no volvió a ser oscurecida por nube alguna; el príncipe se consoló y hasta se alegró de que su mujer no fuese realmente muda, puesto que, a pesar de su silencio de seis años, la princesa no se desquitó abusando de la palabra y no abrió nunca la boca mas que para decir cosas buenas y sensatas... o para bostezar cuando tenía hambre o sueño.

#### EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

### IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

## LA ROMA PAGANA

CUANDO el viajero llega a Civitavecchia, bajando hacia el sur a lo largo de la marisma toscana, la obsesión de Roma le penetra como un vasto effluvio. Atisbando sobre la llanura latina, le parece que ha de mostrarse, en místico espejismo, la ciudad renaciente y multiforme, hacia la cual todo viaje tiene un fondo sentido de peregrinación o, más propiamente, de *eromeria*. Así quería yo verla aparecer sobre la campiña plácida y crepuscular, en la cual pacían dispersos rebaños de bueyes blancos, levantando sobre su cabeza grácil los cuernos casi rectos, con vaga curvatura de lira. Sobre el horizonte, donde se diseñaba la ondulación azul de los montes Albanos, ansiábamos distinguir alguna forma lejana que nos revelase la presencia de la gran ciudad tricéfala: ya la comba triunfal de un pórtico o la esbeltez de una columna; ya el dosel grandioso de una cúpula; ya el recuerdo monumental del asalto itálico. Tres designaciones acudían a mi pensamiento al llegar a Roma; tres advocaciones de la diosa ciudad: la romana, la latina y la italiana; o, en otros términos, la pagánica, la eclesiástica y la laica. De todas ellas, no necesito decir que mis ansiedades tendían con irresistible preferencia a la primera. Y como si ese anhelo hubiera suscitado el primer vestigio que me la reveló, la pirámide de Cestio y los lejanos restos del acueducto de Apio Claudio fueron para mí la salutación de la Roma clásica. Y después de mi entrada en la ciudad, cuando me adelanté por la calle Cavour confiándome al azar de las sorpresas reveladoras, también fué la visión imponente del Foro Romano la primera que se me ofreció.

¿Qué añade esa Roma, vista personalmente, a la idea que nos formamos del mundo clásico en las aulas, en los libros y en los museos? ¿En qué sentido completa nuestra formación espiritual? ¿Cómo reacciona nuestra cultura libresco contemplando la supervivencia de la fuerza romana? Una visión incompleta o apresurada nos daría la noción de una Roma museo; vasta necrópolis de fragmentos venerandos, base trivial para sugestiones vagas y generalizadoras, sobre la cual flotarían los grandes tópicos de la Roma escenográfica y violenta: la consabida transfiguración del Coloseo, el triunfo de un emperador, la orgía de un triclino patricial... Pero no debemos ver a esa Roma como un museo ni como un campamento devastado. El espectáculo de ese campo monumental que se ha sustraído al tiempo y a las más violentas borrascas humanas ofrece, al que sepa mirar, una Roma dinámica, viviente, actuando todavía con toda su irradiación civil. No es una Roma vieja ni antigua, sino una Roma eterna. Sobrevive, no en el sentido de que persista más allá de sus

posibilidades materiales, sino en el de tener una vitalidad superior a la que nuestra existencia efímera nos sugiere. Fué obra humana; pero algo superior a los designios de los hombres infundió en ella un aliento de desconocida perennidad. Es aún la metrópoli, la Ciudad Madre, la Patria, porque ningún conciudadano nuestro podría negar su filiación respecto a ella. Fué humana respecto a los brazos que externamente la construyeron; pero es ya divina, porque la fecundidad de su espíritu pertenece a nociones inasequibles para la limitación de nuestro cálculo habitual. Es diosa como sus mitos domésticos y originarios, porque es ella misma el mito fundamental de toda nuestra vida noble.

Agrupemos los vestigios que quedan de la era clásica en Roma. Dejemos a un lado las profusas galerías de esculturas grecorromanas, porque, aparte el valor singularmente representativo de muchos ejemplares, no forman parte de aquella Roma dinámica y viviente a que me refería. Esos mármoles fueron arrancados a su propia divinidad. Perdieron el *genius loci* que les inspiraba sus oráculos, el prestigio de su adorabilidad, que ponía resonancias de misterio en el fondo de sus bosques sagrados y luminosidades de aureola en el dintel de sus peristilos.

Quedan dos grupos de vestigio: I. El Foro romano, los Templos, el solar capitolino y la Vía Apia.—II. El Palatino, el Panteón, el Coloseo, los Arcos triunfales, las Columnas y las Termas. El primer grupo es el de la Roma republicana; el segundo es el de la Roma imperial.

El que quiera sentir la intuición de lo que aportó Roma al arte clásico, hasta el punto de desvirtuar su primitiva esencia, debe visitar el Foro romano al salir del Museo Vaticano o del Capitolino. Un mismo sentido originario de divinidad ha informado el arte helénico y el romano. Pero ¡con qué distinto vuelo de inspiración racial en uno y otro pueblo! El arte griego tendió a realizar la suma belleza con la suma sobriedad de medios. Su fórmula pudo ser: el más alto fin con el menor esfuerzo. Su ideal fué la gracia, en el puro valor de esta norma. Aun en su sentido trágico no perdió la divina percepción de que la mayor garantía de eternidad corresponde a la menor violencia con que se la haya querido infundir en la materia. La piedra se anima con un soplo, y no con un martillo y un cincel. La inmortalidad se distingue de la muerte en que es un reposo sustraído al tiempo, mientras la muerte es la victoria del tiempo, destructor y cambiante, sobre la voluntad del hombre de permanecer igual a sí mismo, idéntico a su propio arquetipo.

Contemplemos ese torso apolíneo. No

existe, porque es. Ahí está el secreto de su divinidad. Hemos recorrido, una vez aún, las pomposas galerías de Antiguos en el Vaticano. ¿Por qué el *Laocoonte* nos da ya toda la sugestión de Roma? Porque ya muestra todo el dolor, perentorio y mutable, de la *existencia*. Es la *Eneida* junto a la *Iliada*. Algo esencial ha cambiado en el mundo por el solo gesto de tortura de ese sacerdote de Apolo...

Pero ¿cuál fué, en suma, el sentido clásico de Roma? Escojamos un símbolo: Atenas es un frontón o tímpano triangular sobre un peristilo. Roma es un arco de triunfo o una columna votiva. Descontemos las fáciles sugestiones sobre el valor respectivo de la recta y de la curva. Atenas es la divinización de las visiones *perdurables*. Roma es la divinización de los *momentos* de fuerza. En realidad, no fué sólo en la guerra del Peloponeso donde triunfó Esparta, sustituyendo con su rudeza militar el genio ático y preparando el advenimiento de los macedónicos. Roma es el apogeo de la trayectoria espartana.

A un lado de nuestra visión interna está la Acrópolis; al otro lado, bien visible ante nosotros, puesto que ahora mismo nos cubre con su bóveda, no sé si amparándonos o amenazándonos, está el arco de Septimio Severo; y allá, en dirección al Coloseo, están los arcos de Tito y Constantino. Aun en esos restos venerables se muestra la evolución desde la serenidad hasta la pompa: el arco de Tito, que ostenta esculpido en su flanco el candélabro de siete brazos, arrancado al templo de Jerusalén, no ha perdido todavía la huella lejana de la maternidad helénica. El de Septimio Severo revela ya el esfuerzo de sufrir con la exuberancia instrumental la antigua pureza. El de Constantino, en su parte coetánea a ese emperador, descubre ya el retorno del orientalismo.

Grecia infundió un sentido humano a sus dioses; puso un instinto civil en el mito de su divinidad tutelar. Procedió de arriba abajo en esa comunicación entre dioses y hombres que constituye el sen-

tido de la inmortalidad social y ciudadana, más allá de la vida temporal de los hombres. En cambio Roma convirtió en voluntad de *apoteosis* esa primitiva humanización de las divinas fantasías. En su primera época, bajo su República, duramente patricia, convirtió el concepto de la Ciudad helénica en germen ideológico del Estado; identificó la idea de justicia con la de voluntad dictatorial de sus curias. En la segunda época, la imperial, sustituyó al Estado por el Emperador en esa divinización, inversa de la helénica, porque elevaba sobre los pedestales sagrados al hombre de guerra, al triunfador cruento, y daba un sentido brutal a la antigua belleza de la lucha en los estadios y en los gimnasios, que fué un reflejo divino sobre la carne desnuda y juvenil.

El Partenón, templo de la Diosa Virgen, había sido el habitáculo de una forma ideal sobre la ciudad que aspiraba a depurarse en esa visión, llena de alegrías misteriosas. En cambio, el César, en Roma, asumía la divinidad por la fuerza; misma de su poder humano; y acaso sus propias truculencias reflejaban el secreto instinto de parecerse a la crueldad impasible de la Naturaleza y de los dioses imaginados.

Y mientras los césares ascendían a los honores divinos, la obra de unos judíos reducidos por el platonismo aportaba la idea inversa de un Dios hecho hombre, como en una sutil y paradójica alianza del sentido oriental con el griego. La victoria del cristianismo, que coincidió con el traslado de la metrópoli imperial al solar helénico, ¿no sería un lejano desquite del sentido ático de la divinidad?

El templo griego lleva en sí una piñonización de ideas eternas. El arco de triunfo romano es una conmemoración de momentos: el desfile de un ejército vencedor, la gloria aparatosa de un caudillo. En esas dos formas opuestas palpitan dos concepciones adversas de un mismo arte original. Entre ellas media la parábola seguida por el arte clásico.

Gabriel ALOMAR

### TRISTES DESTINOS

## EL CHAL ESPAÑOL

ROSITA Casa-Luenga no lo podía recordar: ella era española, española hasta el tuétano.

Y, como ocurre con harta frecuencia, este su patriotismo rabioso se exacerbaba al encontrarse en el Extranjero. El mes de octubre lo pasaba siempre la muchacha en París en unión de sus padres, y antes habían estado, desde julio, instalados en su «villa» de Biarritz, un coquetón palomar estilo vasco que caía por los alrededores del golf.

En estos cuatro meses anuales de expatriación, que ella, por lo demás, pasaba encantada, era cuando su fiebre patriótica alcanzaba los grados más altos del termómetro. Y desde el año pasado, esa fiebre se manifestaba en un odio tenaz e irreductible contra la nueva moda de los llamados chales españoles.

Era el caso que las grandes damas de París, durante el invierno anterior, habían dado en la flor de usar los clásicos mantones de Manila a modo de capas, salidas de teatro y cosa análoga: la prenda castiza y popular que parece evocar los somes de un organillo o el chinchín de un pasodoble taurino, quedaba

así convertida en una prenda de lujo y señorío.

Y a Rosita Casa-Luenga le indignaba este señorío, que, en la mayor parte de los casos, era una puerta abierta al adelfesio.

Las birrias que, tanto en París como en las playas de moda, se contemplaban con motivo de la nueva moda, eran incalculables!

Señoras que se ponían el mantón con sombrero; otras que, considerando acertadamente la peina como el complemento de la citada prenda, no vacilaban en colocarse un gran armatoste de concha en el sombrero a modo de alfiler, y muchas que, en los días de frío o a la salida de las fiestas mundanas, se ponían el gabán de pieles por encima del monumento de colores que es siempre el pañolón, cubriendo así estúpidamente una obra de arte con la zamarra de un animal salvaje.

Pero cuando la indignación de la muchacha llegó a su colmo, fué cierta noche de la pasada primavera en que, habiendo ido con su padre a comer al café de París, vió, en una mesa vecina, a una



gran dama, americana del Sur—por serlo, era en ella más imperdonable la aberración—, con un maravilloso ocho puntas color grana, al cual le había colocado dos enormes cordones rematados en borlas, para sujetárselo al cuello con más comodidad.

Rosita, poco menos que insultó en voz alta a la confeccionadora de aquella capa pluvial, y, del berrinche, apenas probó bocado en toda la noche.

Lo que más entenebrece al clásico espíritu de la muchacha era el considerar que para muchos papanatas aquello era una manifestación de españolismo que debiera enorgullecernos. No había tal cosa: la inmensa mayoría de las mujeres que se adornaban con el llamado chal español no pensaban para nada en el origen de éste; creían de buena fe que era una moda que habían inventado ellas, y con ese poder absorbente que tiene París, dentro de muy poco el chal español perdería hasta el nombre y quedaría convertido en una prenda más de la modistería francesa.

¿Quién, al ponerse ahora un sombrero

de plumas, recordaba a los salvajes de la Patagonia, de donde había venido la moda de adornarse con plumas la cabeza?

A esta dama parisiense, vecina de habitación de Rosita en este hotel de Biarritz, venía acechándola la muchacha, porque sospechaba de ella que en el culto de la nueva moda había llegado a algo extraordinariamente bizarro.

Poseía una colección maravillosa de mantones; lo menos quince le contó la española en diez días. Se los ponía para bajar al comedor, para ir al cine, para salir del baño...

Y una noche, Rosita, que tenía mucho de diablesa, a eso de la una fingió equivocarse de habitación, se coló en la de la dama coleccionista y tuvo el gusto de verla metida en el lecho, envuelta en un

mantón de Manila blanco, a modo de pijama o de camisa de dormir.

¡Pobre prenda castiza y verbenal!

Joaquín BELDA

Biarritz.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

Acaba de ponerse a la venta la edición definitiva de

## “Pelayo González”

el admirable libro de

**A. Hernández Catá**

el ilustre autor de *La muerte nueva*, *Una mala mujer* y *El placer de sufrir*, grandes éxitos de esta Editorial.

PEDIDOS:

— APARTADO 502 —

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que “en ningún caso” nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.— MADRID

# “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)



Medias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).

Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.) VALVERDE, 20.—MADRID

## Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
**ALVAREZ HERMANOS**  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

## QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo. Se admiten suscripciones y anuncios.

LADRILLOS REFRACTARIOS  
TUBERIA DE GRES  
Fábrica: PACIFICO, 12  
TELEFONO M 17-85

Droguería, Perfumería, Colores  
**FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)**  
SUCESESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA  
Primera casa en barnices, esmaltes y purpurinas de todas clases  
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

# AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

== BÓVEDA (LUGO) ==



## ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas a plazo con precios de contado



Envíos a provincias Aparatos con bocina o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a ODEON - Preciados, 1 - MADRID

# PHILIPS

## FILAMENTO METALICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS), COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

## DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

## MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 - Ayala, 60



FUENCARRAL 6 MADRID


FOTOGRAFÍA

TOLEDO 63 MADRID

Lea usted nuestro folletín EL MISTERIO DEL CASTILLO MALDITO



**CARLOS COPPEL**  
 Fábrica de relojes  
 Fuencarral, 27 - MADRID  
*Garantía de precisión en cada reloj*



# CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**  
 PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

## BANCO DE CATALUÑA

Rampla de Estudios, 4. - Barcelona

APARTADO 568

Valores -:- Cupones -:- Banca  
 Cambio -:- Giros

Dirección telegráfica: CATALONIABANK